

Rufino de Aquileya

SÍMBOLO DE FE

Introducción

1. Mi ánimo, fidelísimo papa Lorenzo¹, ni es capaz ni está inclinado a escribir y sé que, no sin peligro, presento al juicio de muchos un ingenio de capacidad modesta. En tu carta, permíteme que te lo diga, me fuerzas temerariamente en nombre de los misterios de Cristo², que recibimos con la máxima reverencia, para que te escriba algo sobre la fe, según la tradición y explicación³ del Símbolo⁴; por ello, aunque el peso de tu imposición supera nuestras fuer-

zas (no ignoro aquella sentencia de los sabios que con razón afirma que es peligroso incluso decir de Dios cosas verdaderas), sin embargo, si ayudas con la oración a la obligación que deriva de la petición que impones, trataremos de decir algo, más por respeto de obediencia que por presunción de ingenio: mi explicación no pretende tanto ser digna de la meditación de los perfectos [en la fe] cuanto adaptada a la escucha de los pequeños en Cristo⁵ y de los que se inician en la fe.

Tengo conocimiento de que algunos ilustres escritores han escrito de forma ortodoxa y breve sobre este tema⁶.

Pero sé también que el hereje Fotino⁷ ha escrito al respecto no para explicar a los oyentes el significado de las palabras, sino para forzar como argumento de su doctrina⁸ lo que había sido dicho de forma simple y conforme a la fe. Y esto a pesar de que el Espíritu Santo veló para que el texto no contuviera nada ambiguo, ni oscuro, ni discordante con el resto del texto. En efecto, en nuestro Credo se cumple la profecía que dice: *Es palabra que concluye con brevedad⁹ y equidad, puesto que el Señor hablará con pocas palabras sobre la tierra¹⁰*. Por ello intentaré conservar la sim-

plicidad de las palabras apostólicas y completar lo que omitieron mis predecesores. Pero, para que sea más clara la temática de este texto —que es breve, como hemos dicho—, expondré desde su origen¹¹ el motivo por el que esta fórmula tradicional fue entregada a las iglesias¹².

La composición apostólica del Credo

2. Nuestros antepasados nos han referido¹³ que, tras la ascensión del Señor¹⁴, al venir el Espíritu Santo, se posaron sobre cada uno de los apóstoles lenguas de fuego para que hablaran con diversos y variados lenguajes de modo que ninguna gente extranjera ni lengua bárbara les pareciera inaccesible o cerrada. El Señor les mandó ir a cada una de las naciones para predicar la palabra de Dios¹⁵. Antes de partir y separarse establecieron una norma común de su predicación para que no sucediera que, al alejarse uno de otro, expusieran algo diverso a los que invitaban a abrazar la fe de Cristo. Congregados, pues, todos ellos y llenos del Espíritu Santo, poniendo en común lo que cada uno sentía,

compusieron este breve compendio –como hemos dicho–, de su futura predicación, prescribiendo dar esta regla¹⁶ a los creyentes.

Por muchos y justificados motivos quisieron denominarla «Símbolo»¹⁷. En griego, el vocablo «símbolo» significa indicio y contribución, es decir, lo que varias personas ponen en común. Esto hicieron precisamente los apóstoles en aquellos discursos, poniendo en común cada uno lo que sentía. Se llama indicio o signo porque, en aquel tiempo –como dice Pablo¹⁸ y se relata en los Hechos de los Apóstoles¹⁹–, muchos de los judíos circuncisos fingían ser apóstoles de Cristo y, por interés de lucro o alimento, se dedicaban a predicar nombrando ciertamente a Cristo, pero sin anunciarlo conforme a las líneas de la tradición. De ahí que establecieran este signo, por el que se conociese quién predicaba a Cristo verdaderamente según las normas apostólicas. Se dice que esto se hace también en las guerras civiles: dada la igualdad de las armas, voz, costumbres y normas de

combate, cada jefe da a sus soldados símbolos secretos –que en latín se denominan signos²⁰ o indicios²¹–, para que, si ocurriera que alguno dudara quién es el otro, interrogándole por el Símbolo, sepa si es un enemigo o un camarada.

Por eso establecieron que el Símbolo no se escribiera en pergaminos, sino que fuera retenido en el corazón de los creyentes para que nadie lo aprendiera leyendo un escrito²²

—que tal vez pudiera llegar a manos de no creyentes—, sino por la tradición de los apóstoles. Por tanto, como hemos dicho, al partir para la evangelización los apóstoles instituyeron este signo de su concordia y de su fe. No obraron como los hijos de Noé, que, al separarse unos de otros, construyeron con ladrillos cocidos y alquitrán una torre cuya punta tocara el cielo²³. Por el contrario, edificaron las fortificaciones de la fe, capaces de resistir el ataque enemigo, con las piedras vivas²⁴ y las perlas del Señor²⁵, a las que ni los ríos pueden arrancar ni el ímpetu de tempestades y borrascas remover²⁶. Con razón, al separarse los hijos de Noé, que construyeron la torre de la soberbia, fueron condenados con la confusión de las lenguas para que nadie pudiera comprender las palabras de su vecino. A los apóstoles, que construyeron la torre de la fe, se les dio el conocimiento de todas las lenguas²⁷.

Así se demostró que aquello era signo del pecado y esto signo de la fe.

El carácter apostólico del Credo Romano

3. Pero ya es hora de que digamos algo sobre este tesoro, en el que se presenta primeramente la fuente y origen de todas las cosas cuando dice: CREO EN DIOS PADRE²⁸ OMNIPOTENTE. Antes de comenzar a discutir el valor de las palabras no considero inoportuno mencionar que en diversas iglesias se encuentra algo añadido a estas palabras. Por el contrario, en la Iglesia de la ciudad de Roma no se advierte este hecho²⁹. Supongo que la razón es que allí no se ha originado ninguna herejía y se conserva la antigua costumbre de que los que van a recibir la gracia del bautismo reciten el Símbolo públicamente, es decir, mientras escucha el pueblo de los fieles; así, al escuchar los que les precedie-

ron en la fe, no admitirían el añadido de una sola palabra³⁰. En cambio en otros lugares, por cuanto me es posible entender, debido a algunos herejes, se han añadido unas cláusulas mediante las cuales se creía excluir el sentido de la nueva doctrina. Nosotros seguiremos la norma que recibimos en la Iglesia de Aquileya con la gracia del bautismo.

La necesidad de creer

El Símbolo está encabezado por el vocablo «Creo», de acuerdo con lo que el apóstol Pablo dice al escribir a los hebreos: *Quien se acerca a Dios debe ante todo creer que existe y es remunerador de los que creen en Él*³¹. Y el profeta afirma: *Si no creéis, no entenderéis*³². Para que se te abra

la puerta de la comprensión con razón afirmas ante todo que crees³³; pues nadie se embarca y confía su vida al mar profundo, si no cree previamente que pueda salvarse; tampoco el labrador entierra la semilla en los surcos y esparce el grano por tierra, si no cree antes que lloverá y hará sol, para que la tierra, nutrida y calentada, produzca mies abundante y la haga crecer con el soplar de los vientos. Nada se puede realizar en la vida sin creer previamente. ¿Qué hay de asombroso, pues, si al acercarnos a Dios afirmamos que ante todo debemos creer, viendo que sin la fe ni siquiera es posible la vida ordinaria? Hemos adelantado estas reflexiones, porque los paganos suelen objetar que nuestra religión carece de base racional y se fundamenta sólo en la persua-

sión de la fe; hemos mostrado que sin la previa fuerza de la fe nada puede realizarse ni subsistir. Por lo demás, también los matrimonios se contraen por la fe en la futura prole; y los niños son enviados a instruirse, porque se cree que la ciencia de los maestros pasará a los discípulos; y uno asume las insignias del poder, porque cree que le obedecerán ciudades, pueblos e incluso el ejército en armas. Si nadie emprende todas estas acciones sin previamente creer que se realizarán, ¿no se llegará, con mucha más razón, al conocimiento de Dios, creyendo? Pero veamos ahora qué nos propone el Símbolo con su texto abreviado.

El ser y la paternidad de Dios

4. CREO –dice– EN DIOS PADRE OMNIPOTENTE. Casi todas las Iglesias orientales lo transmiten así: «Creo en *un* solo Dios Padre omnipotente». De nuevo, en el artículo siguiente, donde nosotros decimos: «y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor», ellos dicen: «y en un solo Señor nuestro Jesucristo, su único Hijo». Es decir, confiesan un Dios y un solo Señor según la autoridad del apóstol Pablo³⁴. Pero sobre esto volveremos más adelante. Veamos ahora, mientras tanto, la expresión «en Dios Padre omnipotente». En

cuanto puede pensar la mente humana, Dios es la denominación de aquella naturaleza o sustancia que está sobre todo³⁵. Padre es el vocablo de un arcano e inefable misterio. Cuando oigas «Dios» entiende una sustancia sin principio ni fin, totalmente simple, sin mezcla alguna, invisible, incorpórea, inefable, incomprensible, en la que nada hay añadido ni creado. No tiene autor quien es el autor de todo. Cuando oigas «Padre» entiende al Padre del Hijo. Tal Hijo es la imagen de la mencionada sustancia. Como nadie se llama señor sin ejercer el señorío sobre una propiedad o un siervo, y nadie es designado maestro sin tener un discípulo, tampoco nadie puede llamarse en modo alguno padre sin tener un hijo. La misma designación de Dios como Padre muestra, por tanto, que con el Padre subsiste también el Hijo³⁶.

No quiero, sin embargo, que discutas ni indagues curiosamente el profundo misterio de cómo Dios Padre en-

gendra al Hijo, no sea que, mientras escrutas pertinazmente el fulgor de la luz inaccesible, pierdas incluso la exigua capacidad visual dada por Dios a los mortales³⁷. Mas si juzgas que debes esforzarte en ello, propóntete primero lo que está a nuestro alcance y, si logras explicarlo, lánzate entonces de lo terrestre a lo celeste, de lo visible a lo invisible³⁸. Explica primero –si puedes– y muestra cómo la mente³⁹, que está dentro de ti, engendra la palabra y cuál es en ella el espíritu de la memoria; cómo estas [facultades], diversas en el ser y en el obrar, son, sin embargo, una sola cosa en la sustancia y en la naturaleza; cómo, procediendo de la mente, nunca se separan de ella. Pero si estas facultades, aunque estén en nosotros y en la sustancia de nuestra alma, nos parecen sin embargo tanto más ocultas cuanto invisibles a la mirada corporal, investiguemos cosas más patentes: ¿Cómo engendra la fuente al río? ¿Por qué fuerza es

arrastrada la corriente? ¿Cómo es que río y fuente son una e inseparable realidad, sin que pueda entenderse o designarse la fuente río ni el río fuente? Y sin embargo, el que ve el río ve también la fuente⁴⁰.

Ejercítate primero en la explicación de estas cosas y discute, si puedes, lo que tienes entre manos. Luego nos elevaremos a realidades más sublimes. No pienses que te aconsejo subir inmediatamente de la tierra al cielo. Te conduciré antes, si estás de acuerdo, a este firmamento visible, para que examines, si puedes, la naturaleza de esta luz: cómo este fuego celeste engendra de sí mismo al esplendor de la luz y también produce el vapor, de modo que, siendo tres realidades, son sin embargo una en la sustancia. Si fueses capaz de investigar estas cosas, sábetе aún que el misterio de la generación divina es tanto más diverso y excelso, cuánto más potente es el Creador que las criaturas y más excelente el Autor que su obra, cuánta más nobleza tiene quien siempre es que lo que comenzó a ser de la nada. Por tanto, que Dios es Padre de su único Hijo, nuestro Señor, se ha de creer, no investigar: no es lícito al siervo discutir sobre el nacimiento del Señor. Así lo confirmó el Padre desde el cielo diciendo: *Éste es mi Hijo amado, en quien me he complacido. ¡Escuchadle!*⁴¹. El Padre mismo afirma que ése es su Hijo y ordena escucharle. El Hijo dice: *Quien me ve a mí, ve al Padre*⁴²; y *Yo y el Padre somos una cosa sola*⁴³; y *Yo salí de Dios y vine al mundo*⁴⁴. ¿Quién osará, pues, introducirse como discutidor entre estas palabras del Padre y del Hijo, dividiendo la divinidad, separando la voluntad, rompiendo

la sustancia, cortando el espíritu, negando ser verdad lo que la Verdad afirma?⁴⁵. Como Padre de la Verdad, Dios es verdadero Padre, no creando extrínsecamente sino engendrando al Hijo de lo que es Él mismo; a saber, como sabio genera la sabiduría, como justo la justicia, como eterno la eternidad, como inmortal la inmortalidad, como invisible al invisible, como luz al resplandor, como mente a la palabra⁴⁶.

La unidad y omnipotencia de Dios

5. El que la Tradición de las iglesias de Oriente diga «Un solo Dios Padre omnipotente y un solo Señor», ha de entenderse así: «un solo» no en referencia al número, sino a la totalidad. Por ejemplo: Si alguien dice un hombre o un caballo, aquí uno se toma como número. Puede haber otro hombre o un tercero. Dígase lo mismo del caballo. Donde no puede añadirse un segundo o un tercero, si se dice uno, no es nombre de número, sino de totalidad. Como si, por ejemplo, decimos un sol. Aquí se dice uno de tal modo que no se puede añadir un segundo o tercero: no hay más que un sol. Con mayor razón, por tanto, cuando se dice un solo Dios, el vocablo uno no se toma como número, sino como absoluto. Es decir, se dice uno porque no hay otro⁴⁷. Aná-

logamente, del Señor entendemos que hay un solo Señor Jesucristo, por quien Dios Padre ejerce el señorío sobre todo⁴⁸; de ahí que el vocablo siguiente designe a Dios omnipotente.

Se llama omnipotente por tener el dominio de todo, ejercido por el Padre mediante el Hijo⁴⁹, como dice el Apóstol: *Por medio de Él fueron creadas todas las cosas, visibles e invisibles, tronos, dominaciones, principados, potestades*⁵⁰; y escribiendo a los hebreos dice que *por medio de Él creó los mundos y lo constituyó heredero de todo*⁵¹. Si por Él el Padre creó los siglos y por Él todo fue creado y es heredero de todo, por medio de Él ejerce consecuentemente el dominio de todo. En efecto, como la luz viene de la luz y la verdad de la verdad, así el omnipotente nació del omnipotente, como afirma Juan en el Apocalipsis acerca de los serafines, que *sin descanso, repiten día y noche: Santo, santo,*

*santo el Señor Dios, el que era, es y vendrá, omnipotente*⁵². Se llama, pues, omnipotente a quien vendrá: ¿Quién vendrá sino Jesucristo, Hijo de Dios?

Aquí se añade: «invisible e impasible»⁵³. Se debe saber que estas dos palabras no están en el Símbolo de la Iglesia romana. Fueron añadidas entre nosotros a causa de la herejía de Sabelio, llamada patripasianismo por los nuestros, ya que dice que el Padre mismo nació de la Virgen y afirma que se hizo visible y padeció en la carne. Con el fin de excluir toda impiedad referida al Padre, nuestros predecesores añadieron estas palabras, definiendo al Padre como invisible e impasible. Sabemos que el Hijo se hizo visible y pasible. Por lo que toca a la sustancia inmortal de la divinidad, que el Hijo comparte igual e idénticamente con el Padre, en esto creemos que ni el Padre ni el Hijo ni el Espíritu Santo es visible o pasible. En cuanto que el Hijo se ha dignado asumir la carne, en ella ha sido visto y ha padecido. Lo cual predijo también el profeta con estas palabras: *Éste es nuestro Dios, ningún otro es comparable a Él.*

Él descubrió el camino entero de la ciencia y se lo enseñó a su siervo Jacob y a Israel su amado. Después apareció en la tierra y convivió entre los hombres⁵⁴.

Los nombres de Cristo y su filiación divina

6. El Símbolo continúa diciendo: Y EN JESUCRISTO⁵⁵, SU ÚNICO HIJO, NUESTRO SEÑOR. El nombre Jesús es un vocablo hebreo y significa salvador⁵⁶. Cristo proviene de crisma, es decir, de la unción. En los libros de Moisés leemos que Ausés, hijo de Nun, al ser elegido jefe del pueblo se le cambió el nombre de Ausés por Jesús⁵⁷ para indicar que éste es el nombre apropiado a los príncipes y jefes, al menos a quienes salvan a los pueblos que les siguen. Por esto fue llamado Jesús quien introdujo en la tierra prometida al pueblo sacado de Egipto y librado de los errores del desierto.

También se llama Jesús quien introdujo en el Reino de los cielos al pueblo sacado de las tinieblas de la ignorancia y arrancado de los errores del mundo. Cristo⁵⁸ es un nombre sacerdotal o regio, pues antiguamente eran consagrados mediante el óleo de la unción tanto los sacerdotes⁵⁹ como los reyes⁶⁰. Pero éstos, mortales y corruptibles, eran ungidos con unguento de materia corruptible, mientras que Jesús devino Cristo por haber sido ungido por el Espíritu Santo, como dice la Escritura: *A quien el Padre ungió con el Espíritu Santo, enviado del cielo*⁶¹. También Isaías preanunció la unción cuando dice de la Persona del Hijo: *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido, me ha enviado a evangelizar a los pobres*⁶².

Tras haber mostrado quién es Jesús —el que salva al pueblo— y quién es Cristo —el constituido pontífice para siempre⁶³—, veamos ahora de quién se afirman estos nombres: SU ÚNICO HIJO, NUESTRO SEÑOR. Aquí se nos enseña que este Jesús, del que hemos hablado, y Cristo, del que hemos tratado, es el único Hijo de Dios, y nuestro Señor. Para que

no pienses que aquellos vocablos humanos te enseñan algo terreno, se añade que éste es el único Hijo de Dios, nuestro Señor. En efecto, uno nace de uno, como único es el resplandor de la luz y única la palabra de la inteligencia⁶⁴. La generación incorpórea no deriva en una pluralidad, ni hay división donde el que nace nunca se separa del que lo genera⁶⁵. Es único, como la inteligencia lo es a la mente, como la palabra a la inteligencia, como la fuerza al fuerte, la sabiduría al sabio. Pero como el apóstol dice que sólo el Padre es sabio, así sólo se llama sabiduría al Hijo⁶⁶. Único, por tanto, es el Hijo. Y aunque en gloria, eternidad, fuerza, señorío, poder es lo que el Padre es, todo esto lo tiene, sin embargo, no sin autor –como el Padre– sino del Padre, en cuanto Hijo⁶⁷. Y aunque Él es la cabeza de todo⁶⁸, sin embargo, el Padre es su cabeza, como está escrito: *La Cabeza de Cristo es Dios*⁶⁹.

7. Cuando oyes decir Hijo, no quiero que lo entiendas en el sentido de una generación carnal⁷⁰. Recuerda más bien que esto se afirma de una sustancia incorpórea y de una naturaleza simple. Si, como ya hemos dicho, cuando se habla de la generación de la palabra por la mente, de la idea por la mente y del resplandor por la luz, no se piensa nada de frágil en tal generación, ¡cuánto más pura y santamente debemos pensar esto con respecto al Creador de todo! Quizá digas que esto que he traído como ejemplo es una generación no sustancial⁷¹; pues ni la luz produce un resplandor sustancial ni la inteligencia genera una palabra sustancial. Del Hijo de Dios, en cambio, afirmamos que ha sido generado sustancialmente. A esta objeción diremos ante todo que, en los ejemplos aducidos, las otras cosas tampoco pue-

den tener total semejanza con aquello que ejemplifican, sino que tienen una semejanza parcial, en virtud de la cual son tomadas como modelo⁷². Por ejemplo, puesto que en el Evangelio se dice: *El Reino de los cielos es semejante a la levadura que la mujer esconde en tres medidas de harina*⁷³, ¿creeremos que el Reino de los cielos es en todo igual a la levadura que, como sustancia, es tanto palpable como frágil hasta poder agriarse o corromperse? ¿O más bien el ejemplo se ha tomado sólo para demostrar que, gracias a la predicación del Verbo de Dios, las mentes humanas pueden crecer y desarrollarse juntas gracias al fermento de la fe? De modo parecido, cuando decimos: *El Reino de los cielos se parece a una red que se echa en el mar y recoge peces de todas clases*⁷⁴, ¿creeremos que la sustancia del Reino de los cielos se asemeja en todo a la naturaleza del lino con el que se hace la red o a los nudos con los que se tejen las mallas? Por el contrario, la comparación ¿no ha sido hecha para mostrar que como la red trae a la orilla los peces desde el fondo del mar, así mediante la predicación del reino de los cielos se libera a las almas humanas del profundo error de este mundo? Los ejemplos nunca son del todo semejantes a las realidades ejemplificadas, pues de otro modo ya no serían ejemplos, sino las realidades mismas de las que se trata.

Después hay que decir que ninguna criatura puede ser tal como lo es su Creador, por lo que, como la sustancia di-

vina no tiene ejemplo, tampoco lo tiene la generación divina. Añadamos que toda criatura proviene de la nada. Por tanto, si la criatura engendrada de sí por otra, en cuanto creada de la nada, es insustancial, en esto conserva la condición de su origen; en cambio, la sustancia de aquella Luz eterna, que siempre existió por no tener nada de insustancial en sí, no pudo producir de sí un resplandor insustancial. De ahí que con razón se diga del Hijo que es ÚNICO⁷⁵. Es único y uno quien nació así: no tiene comparación alguna el que es único, ni puede asemejarse en la sustancia a sus criaturas el Creador de todo.

Éste es, por tanto, Jesucristo, el Hijo único de Dios, que también es Señor nuestro. Único puede referirse al Hijo y al Señor, pues único es verdaderamente el Hijo y único es verdaderamente el Señor Jesucristo; aunque los demás se llamen hijos [de Dios], lo son por la gracia de la adopción, no por la realidad de la naturaleza⁷⁶; y si se llama señores a otros, es por una potestad concedida, no ingénita. Jesús, sin embargo, es el solo y único Hijo, así como el solo y único

Señor, como afirma el apóstol: *Y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas*⁷⁷. Así, tras habérsenos propuesto en el sumario de la fe⁷⁸ el inefable misterio de la generación del Hijo por el Padre, se descende ahora a la condescendencia y economía de la salvación humana y, al que antes llamó único Hijo de Dios, lo llama ahora Señor nuestro.

El nacimiento virginal

8. EL CUAL NACIÓ DEL ESPÍRITU SANTO, DE MARÍA VIRGEN⁷⁹. Este nacimiento entre los hombres es ya el de la economía de la salvación, mientras que aquél lo fue de la sustancia divina⁸⁰; éste es obra de la gracia⁸¹, aquél lo fue de la naturaleza. Nace de la Virgen, por obra del Espíritu Santo: aquí se requiere ya un oído más limpio y un entendimiento más puro. Pues a quien hace poco conociste nacido inefablemente del Padre, entiende ahora que le fue preparado por el Espíritu Santo un templo en lo secreto del vientre virginal⁸²; y como no se debe concebir fragilidad alguna en la acción santificadora del Espíritu Santo, tampoco hay que imaginar corrupción alguna en el parto de la

Virgen. Un parto nuevo fue dado al mundo, y no sin razón. Pues quien en el cielo es el Hijo único, también en la tierra nace único y de modo único. A este respecto las palabras de los profetas son de todos conocidas, y en los cuatro⁸³ Evangelios son evocadas⁸⁴ al afirmar *que una Virgen concebirá y dará a luz un hijo*⁸⁵. Pero el profeta Ezequiel había preanunciado el modo admirable del parto, designando simbólicamente⁸⁶ a María puerta del Señor, es decir, a través de la cual el Señor entró en el mundo: *La puerta que da al oriente estará cerrada y no se abrirá ni nadie pasará por ella, porque el mismo Señor Dios de Israel pasará a través de ella, y estará cerrada*⁸⁷. ¿Pudo decirse algo más evidente sobre la consagración de la Virgen? En ella estuvo cerrada la puerta de la virginidad; por ella entró el Señor Dios de Israel en este mundo y, a través de ella, salió del vientre de la Virgen permaneciendo eternamente cerrada la puerta de la Virgen, pues conservó la virginidad⁸⁸. Por ello el Espíritu Santo es el creador de la carne del Señor y de su propio templo.

Comienza ya desde ahora a comprender la majestad del Espíritu Santo⁸⁹. En efecto, el relato evangélico dice a este respecto que, cuando el ángel anunció a la Virgen: *Darás a*

luz a un Hijo y lo llamarás Jesús, pues Él salvará a su pueblo de sus pecados⁹⁰, ella respondió: ¿Cómo será esto pues no conozco varón?⁹¹; a ello respondió el ángel: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por esto lo que nacerá de⁹² ti, santo, será llamado Hijo de Dios⁹³*. Observa la mutua cooperación de la Trinidad: viene el Espíritu Santo sobre la Virgen y la fuerza del Altísimo la cubre con su sombra. ¿Cuál es la fuerza del Altísimo sino Cristo mismo, *Fuerza de Dios y Sabiduría de Dios⁹⁴*? Pero ¿de quién es esta fuerza? Del Altísimo, se dice. Está presente, pues, el Altísimo, la Fuerza del Altísimo y el Espíritu Santo: ésta es la Trinidad que late y aparece en todas partes diversa en vocablos y Personas, inseparables en la sustancia de la deidad. Aunque sólo el Hijo nazca de la Virgen, está presente, sin embargo, el Altísimo y el Espíritu Santo, para que sea santificada la concepción de la Virgen y su parto⁹⁵.

9. Estas verdades, por estar basadas en las Escrituras proféticas, pueden quizá convencer a los judíos por más infieles e incrédulos que sean⁹⁶. Pero los paganos suelen mofarse de nosotros al escuchar que predicamos el parto de una Virgen; por lo que responderemos brevemente también a sus calumnias. Todo parto –creo yo– requiere tres condiciones: que la mujer sea de edad adulta, que haya un varón y que la mujer no sea estéril. De estas tres condiciones de que hablamos faltó una en este parto: el varón. Su función, en efecto –puesto que quien había de nacer no era varón terrestre sino celeste–, fue asumida por el Espíritu celeste, permaneciendo preservada la incorrupción de la Virgen. Por otra parte, ¿qué tiene de extraño que una virgen conciba si se sabe que el ave del oriente, llamada ave Fénix, nace y re-

nace sin cónyuge hasta el punto de que es una y se sucede siempre a sí misma naciendo y renaciendo?⁹⁷. De todos es conocido que las abejas ignoran el acoplamiento y engendran sin unión sexual⁹⁸. También se sabe que nacen de modo

análogo otras criaturas. ¿Parecerá increíble, por tanto, que para la restauración de todo el mundo haya tenido lugar, por potencia divina, lo que vemos ejemplificado en el nacimiento de los animales?

¡Es admirable que sea juzgado imposible precisamente por los mismos paganos, que aseguran⁹⁹ que su Minerva nació del cerebro de Júpiter! ¿Cuál de las dos cosas es más difícil de creer y más contraria a la naturaleza? Aquí hay una mujer, se observa el orden de la naturaleza, concepción y parto tienen lugar en su tiempo. Allí, sin embargo, ni siquiera hay sexo femenino, sino sólo el hombre y el parto. Quien cree aquello ¿por qué se maravilla de esto? También afirman que Baco nació del muslo de Júpiter. He aquí un gran portentoso de otro tipo y, sin embargo, es creído. También creen que Venus, a la que llaman Afrodita, ha sido engendrada de la espuma del mar, como lo muestra la composición de su nombre¹⁰⁰. Afirman que Cástor y Pólux nacieron de un huevo y Mirmidón de una hormiga. Hay otros mil prodigios que van contra la naturaleza de las cosas y que, sin embargo, a ellos les parecen dignos de ser creídos, como las piedras desechadas de Deucalión y de Pirra y la masa de

hombres nacida allí. Mientras creen tantas y tales ficciones ¿lo único que les parece imposible es que una mujer joven conciba un fruto divino no por contaminación de hombre, sino por inspiración de Dios? Si se les hace tan duro creer, tampoco deberían haber creído tales y tantas extravagancias¹⁰¹. Por otro lado, si encuentran fácil creer, deberían haber acogido con mucha más prontitud estas puras y santas verdades nuestras que esas leyendas indignas y degradantes.

10. Quizá objetarán¹⁰² que es ciertamente posible a Dios el que una virgen concibiese y diese a luz, pero parece indigno que tal Majestad pasara a través de los órganos genitales de una mujer donde, aunque no hubiera habido contaminación derivada de la unión con un hombre, habría existido la injuria del contacto vergonzoso producido por el mismo parto¹⁰³. A esto les respondemos brevemente, según su modo de pensar: si alguien ve que se está ahogando un niño en lo profundo del fango y, aun siendo un hombre ilustre y poderoso, entra en el fango de puntillas,

por así decir, para librar al niño moribundo, ¿acusarás a ese hombre por haberse embarrado un poco, o alabarás su bondad por salvar la vida a quien iba a morir? Esto puede también decirse de un hombre común. Pero volvamos a la naturaleza de quien ha nacido. ¿Cuánto piensas que le es inferior la naturaleza del sol? Sin duda cuanto la criatura lo es al Creador. Ahora observa: si un rayo del sol llega al fango de una fosa, ¿acaso se contamina por ello?¹⁰⁴, o ¿es una ofensa para el sol el hecho de haber iluminado el barro? ¿No es también la naturaleza del fuego muy inferior a la realidad de la que hablamos? Y, sin embargo, nadie juzga que pueda contaminarlo una materia obscena o deshonesta por haber sido calentada. Constatando, pues, esto en las cosas materiales, ¿crees que aquella naturaleza sobreeminente e incorpórea, superior a todo fuego y toda luz, pueda ser de algún modo manchada o contaminada? Finalmente observa también esto: decimos que el hombre fue creado por Dios del barro de la tierra¹⁰⁵. Si juzgamos vergonzoso para Dios haber rescatado a su obra, mucho más vergonzoso juzgaríamos haberla creado así desde el principio¹⁰⁶. Es superfluo preguntar por qué Dios pasó a través de miembros obscenos, pues podías interrogar por qué creó tales miembros. Por lo demás, que esos miembros sean obscenos no lo enseña la naturaleza, sino la costumbre¹⁰⁷, pues ha-

biendo sido formadas todas las partes del cuerpo de un solo y mismo fango, se distinguen solamente por los usos y las funciones naturales.

11. Para resolver completamente esta dificultad añadiré que, siendo la sustancia de Dios totalmente incorpórea, no puede inserirse en los cuerpos ni ser recibida por ellos de modo total¹⁰⁸, sino mediante una sustancia espiritual que pueda ser capaz de recibir el espíritu divino. Así, por ejemplo, decimos que la luz puede iluminar todos los miembros del cuerpo sin que pueda ser percibida por ninguno de ellos, excepto el ojo. Sólo éste es capaz de percibirla. Así el Hijo de Dios nace de la Virgen no unido principalmente a la sola carne, sino engendrado, siendo el alma mediadora entre la carne y Dios¹⁰⁹. De ahí que el alma, entidad intermedia, pueda acoger al Verbo divino en el santuario del espíritu racional, naciendo por tanto Dios de la Virgen sin contraer la injuria que sospechas. Nada hay de obsceno, pues, allí donde se hallaba la santificación del Espíritu, y el alma, capaz de acoger a Dios¹¹⁰, hizo también partícipe a la carne de esa capacidad. Nada tengas por imposible, donde actuaba la fuerza del Altísimo¹¹¹. No imagines fragilidad humana alguna allí donde se hallaba la plenitud de la divinidad.

El significado de la crucifixión

12. CRUCIFICADO BAJO PONCIO PILATO Y SEPULTADO, DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS¹¹². Enseña el apóstol Pablo que los ojos de nuestro corazón deben estar iluminados para entender cuál sea la altura, la longitud y la profundidad¹¹³. Altura, longitud y profundidad son descripción de la cruz. La parte hundida en la tierra la llama profundidad. La altura es la levantada en el aire y que se yergue hacia lo alto. La longitud es la que se extiende a derecha e izquierda¹¹⁴. Habiendo tantas clases de muertes por las que el hombre abandona este mundo, quiere el apóstol que, con corazón iluminado, conozcamos el motivo por el que, de entre todas ellas, fue preferida precisamente la de la cruz para la muerte del Salvador.

A este respecto hay que saber que esta cruz era un triunfo: el trofeo insigne del triunfo, pues el trofeo es signo del enemigo vencido¹¹⁵. Puesto que con su venida Cristo sometió tres reinos (el apóstol indica esto cuando dice que *al nombre de Jesús se doble toda rodilla de las criaturas celestes, terrestres e infernales*¹¹⁶) y los venció con su muerte, se escogió la muerte conveniente a este misterio: alzado, sometió las potestades del aire¹¹⁷ y entregó la victoria sobre estas potencias excelsas y celestes¹¹⁸; extendidas *las manos todo el día* –como dice el profeta– *hacia el pueblo*¹¹⁹ que

está en la tierra, acusaba a los incrédulos e invitaba a los creyentes; con la parte de la cruz introducida en la tierra sometió a sí a los reinos infernales.

13. En efecto, para que barruntemos también brevemente algo sobre las cosas más secretas, cuando Dios hizo al principio el mundo puso al frente de él algunas potencias celestes para regir al género humano¹²⁰. Esto lo indica Moisés en el Deuteronomio donde dice: *Cuando el Altísimo dividía los pueblos estableció los confines de las gentes según el número de los ángeles de Dios*¹²¹. Pero algunos de éstos, como el llamado príncipe de este mundo¹²², no usaron del poder que Dios les dio según las normas recibidas; enseñando a los hombres a obedecer, no a los preceptos divinos, sino a sus prevaricaciones¹²³. De ahí que se escribiesen contra nosotros las notas de cargo¹²⁴ de nuestros pecados porque, como dice el profeta, *fuiamos vendidos a causa de nuestros pecados*¹²⁵. En efecto, cada uno recibe un precio por

la propia alma cuando satisface los deseos de la concupiscencia.

Esa nota de cargo, retenida por aquellos pésimos rectores, Cristo la quitó con su venida y les privó así del poder que tenían sobre nosotros. Esto indican las misteriosas palabras de Pablo, cuando dice que Cristo *canceló la nota de cargo que había contra nosotros y, clavándola en su cruz, exhibió públicamente a los principados y a las potestades, triunfando sobre ellos en sí mismo*¹²⁶. Por eso aquellos rectores puestos al frente del género humano, que cayeron en la tiranía con espíritu de rebelión, empezaron a agredir a los hombres que se les habían encomendado y a vencerlos con el arma del pecado, según lo que refiere el profeta Ezequiel místicamente, cuando dice: *En aquel día saldrán de mi presencia ángeles que se apresurarán a destruir Etiopía. Cundirá el pánico entre sus habitantes en el día de Egipto, porque vendrá ese día*¹²⁷. Con razón está escrito que Cristo, tras haberles despojado de todo su poder, ha triunfado sobre ellos y ha transferido el poder de los demonios a los hombres, como él mismo dice en el Evangelio a sus discípulos: *Mirad, os he dado el poder de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre todo poder del enemigo*¹²⁸. Los que usaron mal del poder recibido fueron así sometidos por la cruz de Cristo a los que en un tiempo les estaban sometidos.

Pero a nosotros, es decir, al género humano, nos enseña ante todo a resistir hasta la muerte contra el pecado y a aceptar gustosos la muerte por la fe. Además, en esta misma cruz nos propone también un ejemplo de obediencia, igual que estableció penas a la soberbia de aquellos que en otro tiempo fueron nuestros rectores. Escucha cómo el apóstol quiere enseñarnos la obediencia mediante la cruz de Cristo: *Tened en vosotros los mismos sentimientos que había en Cristo Jesús, el cual, siendo de naturaleza divina, no juzgó una presa ser igual a Dios, sino que se anonadó tomando naturaleza de siervo; hecho a semejanza de los hombres y, en el exterior, tenido como un hombre, se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz*¹²⁹. Como fue un gran maestro, que hizo lo que enseñó¹³⁰, Él mismo, al morir por obediencia, enseñó a los piadosos que deben observar la obediencia incluso hasta la muerte¹³¹.

14. Quizá alguno esté aterrizado al escuchar que murió Aquel de quien antes dijimos que era eterno con Dios Padre y engendrado de su sustancia, uno con Él en poder, eternidad y majestad. No te asustes, fiel oyente: dentro de poco verás inmortal a quien ahora oyes que ha muerto, pues asumió la muerte para asolar a la muerte¹³².

El misterio de la encarnación¹³³, que acabamos de exponer, tuvo este motivo: que la fuerza divina del Hijo de Dios, como un anzuelo revestido de carne humana y, según lo que ha dicho hace poco el apóstol Pablo, *tenido en el exterior como un hombre*, pudiese invitar a la lucha al príncipe de este mundo; entregándole su carne como alimento lo aferró al anzuelo de la divinidad que profundamente tenía dentro y, derramando su sangre inmaculada –pues sólo Él no conoció la mancha del pecado¹³⁴–, borró los pecados de todos¹³⁵: al menos los de aquellos que habían marcado la puerta de la fe con su sangre¹³⁶. Pues igual que un pez toma el anzuelo que está escondido tras el cebo y no sólo se lleva la comida con el anzuelo, sino que él mismo es sacado del agua para ser luego alimento de otros; así, el que tenía el poder de la muerte llevó a la muerte el cuerpo de Jesús sin darse cuenta de que en Él se escondía el anzuelo de la divinidad; pero cuando la devoró, él mismo quedó atrapado y, rotas las puertas del infierno, fue sacado fuera desde lo

profundo para ser comida para otros¹³⁷. Que así sucedería en el futuro, lo había señalado el profeta Ezequiel con esta misma imagen diciendo: *En mi anzuelo te sacarán. Te dejaré abandonado por tierra, te tiraré sobre la haz del campo, haré que se posen sobre ti todos los pájaros del campo, haré de ti a todas las bestias de la tierra*¹³⁸. También dice David: *Los entregué como comida a los pueblos de Etiopía*¹³⁹. Y Job habla de modo parecido sobre el mismo misterio; pone en boca de Dios, que le habla: *O conducirás al dragón en el anzuelo o pondrás un cabestro ante sus narices*¹⁴⁰.

15. Cristo, por tanto, no sufrió en la carne ningún daño o injuria a su divinidad¹⁴¹; pero, para realizar la salvación mediante la debilidad de la carne, la naturaleza divina descendió a la muerte; no para ser retenida por la muerte, según la ley de los mortales, sino para abrir las puertas de la muerte a quienes por medio de Él resucitarían. Es como si un rey fuera a una cárcel y, entrando en ella abriese las puertas, soltara las cadenas y cepos, cerraduras y barreras, liberase a los encadenados y devolviera a la luz y a la vida a los que habitaban en tinieblas y en sombra de muerte¹⁴². Ciertamente se diría que el rey estuvo en la cárcel, pero no en

la condición en que estuvieron los encarcelados: éstos, para expiar las penas; aquél, por el contrario, para perdonarlas.

El anuncio profético de la pasión

16. Los que han transmitido el Símbolo indicaron también con toda precisión el tiempo en que tuvieron lugar estos acontecimientos: bajo Poncio Pilato¹⁴³; y esto para que no vacilase la tradición de los hechos conservada quizá en alguna parte de modo incierto y vago. Es preciso saber que la adición «descendió a los infiernos» no se encuentra en el Símbolo de la Iglesia romana ni tampoco se usa en las Iglesias de Oriente. Pero el mismo concepto de estas palabras está implícito donde se dice que fue sepultado¹⁴⁴.

Pero, ya que tienes tanto amor e interés por las Sagradas Escrituras, me dirás que estas cosas deben ser probadas más bien con claros testimonios sacados de ellas mismas¹⁴⁵. En efecto, cuanto más grandes son las verdades que hay que creer, tanto más idóneos y seguros deben ser sus testigos. Tu propuesta es verdadera y razonable. Dirigiéndome, sin embargo, a quienes conocen la Ley, omitiré por brevedad un gran número de testigos. Ofreceré sólo unos pocos, si se me consiente, sabiendo que cuantos se dedican

al estudio de las Escrituras encontrarán un gran océano de testigos¹⁴⁶.

17. Ante todo hay que saber que el significado de la cruz no es uno y el mismo para todos, sino diverso para los paganos, para los judíos y para los creyentes. Así lo afirma Pablo: *Nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; pero para los llamados, tanto judíos como griegos, un Cristo que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios*¹⁴⁷; y en otro lugar: *La palabra de la cruz es ciertamente locura para los que se pierden; pero para los que se salvan es fuerza de Dios*¹⁴⁸. Por tanto, los judíos, que habían aprendido de la Ley que el Mesías permanecería para siempre¹⁴⁹, se escandalizaban de su cruz porque no quisieron aceptar su resurrección; a los paganos les parecía una locura que Dios muriese, porque ignoraban el misterio de la Encarnación¹⁵⁰; pero los fieles, que creían que Cristo había nacido, padecido en la carne y resucitado de entre los muertos, con toda razón creyeron que la que había vencido a la muerte, la cruz, era fuerza de Dios.

Escucha en primer lugar cómo la palabra profética de Isaías señala lo que los profetas preanunciaron sobre la incredulidad de los judíos¹⁵¹ y la fe de los que nunca escucharon estas cosas de los profetas: *Verán aquellos a quienes no se les anunció, y entenderán quienes no oyeron*¹⁵². El mismo Isaías predijo que sería transferido a los paganos el misterio que no creyeron quienes desde la niñez hasta la senectud meditaban la Ley de Dios: *Yahveh Sebaot hará a todos los pueblos en este monte un banquete: beberán la alegría, beberán vino, se ungirán con perfume en este monte. Dará todo esto a los gentiles. Ésta es la voluntad de Dios omnipotente respecto a los gentiles*¹⁵³.

Quizá nos digan los que se jactan del conocimiento de la ley: Blasfemáis los que decís que el Señor estuvo sometido a la corrupción de la muerte y a la pasión de la cruz. Leed entonces lo que encontraréis escrito en las Lamentaciones de Jeremías: *El espíritu de nuestro rostro, Cristo Señor, ha sido apresado en nuestras corrupciones; aquel de quien decíamos: bajo su mirada viviremos entre los paganos*¹⁵⁴. Escucha cómo profetiza que Cristo nuestro Señor ha sido apresado, y por nosotros, es decir, por nuestros pecados, entregado a la corrupción; de modo que viviremos a su sombra, no en Israel, puesto que permaneció incrédulo y fue rechazado, sino entre los paganos.

18. Si no parece demasiado gravoso, indicaré cómo en los profetas se predijeron todos los detalles relatados en los

Evangelios, para que, los que reciben los primeros elementos de la fe, conserven estos testimonios escritos en su corazón y no vacilen en ella a causa de alguna incertidumbre enemiga¹⁵⁵.

El Evangelio nos enseña que Judas, uno de los amigos y comensales de Cristo, le entregó¹⁵⁶. Escucha cómo fue anunciado esto en los Salmos: *El que comía mi pan se levanta contra mí*¹⁵⁷. Y en otro lugar: *Mis amigos y compañeros se acercaron y estuvieron contra mí*¹⁵⁸. Y también: *Sus palabras son más suaves que el aceite, pero son puñales*¹⁵⁹. ¿Quieres ver cómo son suaves? *Se acercó —dice— Judas a Jesús y le dijo: Salve, Maestro. Y le besó*¹⁶⁰. Con la caricia suave de un beso le clavó el puñal execrable de la traición.

Por eso le dice el Señor: *Judas, ¿con un beso me traicionas?*¹⁶¹.

Escucha cómo fue valorado en treinta monedas de plata por la avaricia del traidor¹⁶². Escucha a este respecto la palabra del profeta: *Les dije: Si os parece bien, dadme la recompensa, si no, dejadlo*¹⁶³. Y después: *Recibí treinta monedas de plata y las arrojé en la casa del Señor para que fueran fundidas*¹⁶⁴. ¿No es esto lo que está escrito en el Evangelio, que Judas arrepentido devolvió el dinero, lo arrojó en el templo y se alejó?¹⁶⁵. Habla adecuadamente de su recompensa con sentimiento de acusación y reproche. En efecto, muchas obras buenas había hecho Jesús entre ellos: Dio la vista a los ciegos, hizo andar a los cojos, moverse a los paralíticos; también restituyó la vida a los muertos¹⁶⁶. A cambio de todos estos beneficios recibe como recompensa la muerte, valorada en treinta monedas de plata. El Evangelio también refiere que fue atado¹⁶⁷. Lo había predicho la palabra del profeta diciendo por medio de Isaías: *¡Ay de sus almas porque tramaron un pésimo pensamiento contra ellos mismos diciendo: Encadenemos al justo porque nos es molesto!*¹⁶⁸.

19. Alguien dirá: ¿Debemos entender esto dicho del Señor? ¿Que el Señor pudiera ser retenido por los hombres y llevado a juicio? De esto precisamente te convencerá el

mismo profeta con estas palabras: *El Señor vendrá a juzgar con los ancianos y príncipes del pueblo*¹⁶⁹. El Señor mismo es juzgado según el testimonio del profeta; y no sólo juzgado, sino flagelado, golpeado en el rostro con las manos y escupido¹⁷⁰, soportando por nosotros toda ofensa e indignidad. Y puesto que todos se habrían asombrado al oír tales cosas a los apóstoles, el profeta exclama en su persona y dice: *Señor, ¿quién creyó a nuestra predicación?*¹⁷¹. Porque efectivamente era increíble decir que el Hijo de Dios, como Dios, sufriera esos tormentos; por ello fueron predichos por los profetas, para que no dudasen los que habían de creer. El mismo Cristo Señor dice en la persona del profeta: *Ofrecí mi espalda a los que me golpeaban, mis mejillas a los que mesaban mi barba. No aparté mi rostro a los insultos y salvazos*¹⁷².

Entre otros padecimientos, está escrito también que atándole le condujeron ante Pilato¹⁷³. También anotó esto el profeta cuando dice: *Atándolo, lo llevaron como regalo al rey Jarim*¹⁷⁴. A no ser que alguien presente esta objeción diciendo que Pilato no era rey. Escucha lo que dice el Evangelio un poco más adelante: *Al oír Pilato –dice– que era de Galilea, se lo envió a Herodes, que era entonces rey de Israel*¹⁷⁵. Con razón añadió el profeta el nombre Jarim, que significa silvestre¹⁷⁶. Herodes no era de la casa de Israel ni

de aquella viña israelítica que el Señor sacó de Egipto y plantó en la cima de un monte fértil¹⁷⁷, sino que era silvestre, es decir, perteneciente a la selva de los extranjeros. Por eso se le llama silvestre, como el que nunca ha crecido de los sarmientos de la vid de Israel. También esto lo dijo el profeta: *Como regalo*, se adapta muy bien. Entonces Herodes y Pilato –como testimonia el Evangelio¹⁷⁸– hicieron las paces y, como regalo por su reconciliación, se enviaron uno a otro a Jesús atado. Pero ¿qué interesa esto, salvo que Jesús reconcilia en todas partes a los enfrentados, restablece la paz y da la concordia? También de esto está escrito en Job: *El Señor reconcilia los corazones de los príncipes de la tierra*¹⁷⁹.

20. También se relata que, cuando Pilato quiso dejarlo libre, todo el pueblo gritó: *Crucificalo, crucificalo*¹⁸⁰. Esto lo había profetizado Jeremías diciendo en persona del mismo Señor: *Mi heredad se ha portado conmigo como un león en la selva: me acosaba con sus voces; por eso la aborrecí; por eso –dice– dejé mi casa*¹⁸¹. Y en otro sitio añade: *¿Contra quién abris la boca y sacáis la lengua?*¹⁸². Mientras era juzgado, está escrito que Jesús callaba¹⁸³. Esto lo testifican las Escrituras profusamente. En los Salmos se dice: *Soy como un hombre que no oye, ni tiene réplica en sus labios*¹⁸⁴. Y

también: *Yo como un sordo no oigo, como mudo no abro la boca*¹⁸⁵. Y otro profeta: *Como oveja ante el que la trasquila, no abrió su boca: en la humillación fue llevado a juicio arrebatadamente*¹⁸⁶.

Está escrito que se le impuso una corona de espinas¹⁸⁷. Escucha sobre esto en el Cantar de los Cantares, sobre la iniquidad de Jerusalén, la voz del Padre, asombrado por la injuria hecha al Hijo, que dice: *Salid y ved, hijas de Jerusalén, la corona con la que le coronó su madre*¹⁸⁸. También sobre las espinas otro profeta recuerda: *Esperó que diese uvas, pero dio espinas; y no honradez, sino alaridos*¹⁸⁹. Sin embargo, para que conozcas lo secreto del misterio, era necesario que, el que vino a quitar el pecado del mundo¹⁹⁰, purificara también la maldición de la tierra que, por el pecado del primer creado, recibió la sentencia de prevaricación, al decir el Señor: *Maldito sea el suelo por tu causa: te producirá espinas y abrojos*¹⁹¹. Por eso Jesús es coronado de espinas, para que fuera abolida aquella primera sentencia de condenación¹⁹². Fue conducido a la cruz y en el leño fue suspendida la vida de todo el mundo¹⁹³. ¿Quieres también confirmar esto con el testimonio de los profetas? Escucha a Jeremías que dice: *Venid*

y destruyamos el árbol en su pan y borremoslo de la tierra de los vivos¹⁹⁴. También Moisés, como compadeciéndole, dice: *Tu vida estará ante tus ojos como pendiente de un hilo, tendrás miedo de noche y de día, y ni de tu vida te sentirás seguro*¹⁹⁵. Pero debemos seguir adelante: hemos rebasado el límite de la brevedad que nos habíamos propuesto y hemos probado con una argumentación amplia el discurso abreviado. Sin embargo, añadiremos algo más para que no parezca que omitimos completamente lo que hemos empezado.

21. Está escrito que Jesús, herido en el costado, derramó sangre y agua¹⁹⁶. Esto tiene un significado oculto. Él mismo había dicho: *De su seno brotarán ríos de agua viva*¹⁹⁷. Pero también derramó la sangre que los judíos pidieron que cayera sobre ellos y sobre sus hijos¹⁹⁸. Derramó el agua que purificase a los creyentes y la sangre que condenase a los incrédulos. Pero también se puede entender simbólicamente de la doble gracia del bautismo: una, la que se da mediante el agua bautismal; y otra, la que se busca mediante el martirio con la efusión de sangre¹⁹⁹; ambas se llaman bau-

tismo. Si investigas por qué derramó sangre y agua del costado y no de otro miembro, me parece que con el costado se indica, mediante la costilla, a la mujer²⁰⁰. Puesto que la fuente del pecado y de la muerte vino de la primera mujer, que fue la costilla del primer Adán²⁰¹, también la fuente de la redención y de la vida brota de la costilla del segundo Adán.

22. Está escrito que en su pasión se hizo oscuridad desde la hora sexta hasta la hora nona²⁰². Escucha también sobre este punto el testimonio del profeta, que dice: *El sol se pondrá por ti a mediodía*²⁰³. Y también el profeta Zacarías: *En ese día no habrá luz. Habrá frío y hielo en un día, y ese día lo conoce el Señor, y no habrá ni noche ni día y habrá luz en el ocaso*²⁰⁴. ¿Qué cosa tan evidente pudo decir el profeta para que pareciera no tanto predecir cuanto narrar acontecimientos ya pasados? Predijo también el frío y el hielo: por eso Pedro se calentaba en el fuego, porque hacía frío²⁰⁵;

no sólo padecía el frío del tiempo, sino el de la fe. También añade: *Ese día lo conoce el Señor, y no habrá ni noche ni día*²⁰⁶. ¿Qué significa que no habrá ni día ni noche? ¿No ha hablado claramente de las tinieblas que sobrevinieron al día y de la luz que vino después? No hubo día aquel día: no empezó con la salida del sol. Tampoco hubo noche total: no tomó desde el principio el camino que debía recorrer, tras haber completado el curso del día, ni lo llevó al término establecido: pero la luz, alejada por el delito de los impíos, volvió al atardecer. Después de la hora nona, habiendo desaparecido las tinieblas, fue devuelto el sol al mundo. De esto mismo hay otro testimonio que dice: *Y de día se oscurecerá la luz sobre la tierra*²⁰⁷.

23. La predicación del Evangelio enseña también que los soldados se repartieron los vestidos de Jesús y echaron a suertes su túnica²⁰⁸. También de esto cuidó el Espíritu Santo al anunciar por boca de los profetas: *Se repartieron mis vestiduras y echaron a suerte mi túnica*²⁰⁹. Tampoco los profetas callaron sobre esa vestidura que los soldados le impusieron para burlarse de él, es decir, del manto de púrpura²¹⁰. Escucha lo que dice Isaías: *¿Quién es ese que viene de Edom, de Bosrá con ropa teñida de rojo? ¿Por qué son rojos tus vestidos y tu ropaje como el de un lagarero?*²¹¹. Él mismo responde: *He pisado yo solo el lagar, hija de Sión*²¹². Sólo uno

no cometió pecado y quitó el pecado del mundo²¹³. Si por un hombre pudo entrar la muerte, ¿cuánto más pudo ser devuelta la vida por un hombre que era también Dios?²¹⁴.

24. Se relata también que apagaron su sed con vinagre y vino mezclado con mirra, que es más amargo que la hiel²¹⁵. Escucha lo que predijo el profeta al respecto: *Me dieron –dice– hiel como comida y saciaron mi sed con vinagre*²¹⁶. Refiriéndose ya a este hecho decía Moisés en su tiempo a su pueblo: *Su viña es de las viñas de Sodoma y sus sarmientos de Gomorra; su uva es uva de hiel, sus racimos son amargos*²¹⁷. Y añade reprochándoles: *Pueblo insensato y necio, ¿así pagáis al Señor?*²¹⁸. Lo mismo se anuncia en el Cantar de los Cantares, donde se señala también el huerto en que donde fue crucificado: *He entrado en mi huerto, hermana mía esposa, y he vendimiado mi mirra*²¹⁹, donde claramente se indica el vino mirrado con que fue saciada su sed.

25. Está escrito que después de esto entregó el espíritu²²⁰. También esto fue preanunciado por el profeta, que en la Persona del Hijo decía al Padre: *A tus manos encomiendo mi espíritu*²²¹. Se cuenta que fue sepultado y que en la

entrada del sepulcro se colocó una gran piedra²²². Escucha lo que dijo el profeta Jeremías sobre esto: *Sofocaron mi vida en una fosa y echaron piedras sobre mí*²²³. Es una alusión evidentísima que hace la voz del profeta a esta sepultura. Escucha también estas otras: *En presencia de la desgracia es arrebatado el justo y en su puesto habrá paz*²²⁴. Y en otro lugar: *Le daré a los malvados como sepultura suya*²²⁵. Y también: *Recostado dormiste como león y como cría de león: ¿quién le levantará?*²²⁶.

26. También su descenso a los infiernos²²⁷ fue claramente preanunciado en los Salmos, donde dice: *Me llevaste al polvo de la muerte*²²⁸; y también: *¿Para qué sirve mi sangre mientras bajo a la corrupción?*²²⁹. Y también: *Me hundí en el cieno del abismo, sin poder hacer pie*²³⁰. También Juan dice: *¿Eres tú el que ha de venir (al infierno, sin duda) o esperamos a otro?*²³¹. De modo que Pedro dice: *Cristo, muerto en la carne pero vivificado en el Espíritu; en el*

*mismo Espíritu fue a predicar a los espíritus que habían sido encerrados en la cárcel, los que habían sido incrédulos en tiempo de Noé²³². También en este texto se declara lo que hizo en el infierno. Pero el mismo Señor, como anunciando el futuro, dice por medio del profeta: *No abandonarás mi alma en el infierno ni permitirás que tu Justo vea la corrupción²³³. Y, a pesar de ello, proféticamente muestra que se ha cumplido cuando afirma: Señor, sacaste mi alma del infierno, me salvaste de los que descienden a la fosa²³⁴.**

La resurrección de Cristo

27. Luego continúa el Símbolo: AL TERCER DÍA RESUCITÓ. La gloria de la resurrección disolvió en Cristo todo lo que parecía débil y frágil. Si hace poco no te parecía posible que muriese el inmortal²³⁶, mira ahora cómo no puede ser mortal el que, venciendo a la muerte, se dice que resu-

citó. Pero entiende en esto la bondad del Creador, que, por amor a ti, descendió hasta donde te había precipitado el pecado²³⁷. No acuses de impotencia al Dios creador de todo pensando que no podía llegar a librar a la criatura de donde la encerró la caída. Se habla de niveles inferiores y superiores a nosotros, que estamos sometidos a una cierta forma corporal, situados dentro de los límites de la norma que se nos ha asignado. Para Dios, sin embargo, que está en todas partes y no falta en ninguna, ¿qué es lo inferior y qué lo superior? Sin embargo, en la encarnación²³⁸ se realizan estas dimensiones²³⁹. Resucitó la carne depuesta en el sepulcro para que se cumpliera lo dicho por el profeta: *No permitirás que tu Santo vea la corrupción*²⁴⁰. Retorna pues, vencedor de los muertos, llevando consigo los despojos del infierno. En efecto, liberó a los que la muerte tenía sujetos²⁴¹, como Él mismo predijo al decir: *Cuando sea alzado a lo alto, atraeré todo*²⁴² *hacia mí*²⁴³. También el Evangelio da testimonio de esto cuando afirma que *se abrieron los sepulcros y muchos cuerpos de santos difuntos resucitaron, se aparecieron a muchos y entraron en la ciudad santa*²⁴⁴; sin duda en aquella de la que dice el apóstol: *La Jerusalén de arriba es libre, ella que es la madre de todos nosotros*²⁴⁵. Como

también dice a los hebreos: *Convenía que Aquel por quien es todo y para quien es todo llevara a muchos hijos a la gloria, perfeccionando mediante el sufrimiento al autor de su salvación*²⁴⁶. Por tanto [Cristo] colocó en lo más alto del cielo, a la diestra de Dios, la carne perfeccionada mediante los sufrimientos y en la que, mediante la fuerza de la resurrección, había reparado la caída del primer creado. De ahí que el apóstol afirme: *Nos resucitó con Él y nos hizo sentar con Él en los cielos*²⁴⁷. Él era la vasija de la que enseña el profeta Jeremías: *El vaso que estaba haciendo se estropeó en manos del alfarero y éste volvió a empezar transformándolo como mejor le pareció*²⁴⁸. Quiso colocar, no ya en la tierra, sino en el cielo y a la derecha del Padre, al cuerpo que asumió la mortalidad y la corruptibilidad, elevándolo de la piedra del sepulcro y haciéndolo inmortal e incorruptible. Las Escrituras del Antiguo Testamento están repletas de estos misterios. Ningún profeta ni legislador ni salmista ha callado sobre ellos, sino que, más bien, están presentes casi en cada página sagrada. Por consiguiente me parece superfluo pararnos para reunir todos los testimonios al respecto. Nos limitamos a ofrecer sólo unos pocos, remitiendo a las mismas fuentes de los Libros Sagrados a los que deseen beber más abundantemente.

28. Se dice enseguida en los Salmos²⁴⁹: *Me adormecí y me hundí en el sueño y resucité, porque el Señor me recibió*²⁵⁰; y en otro: *A causa de la miseria de los indigentes y del gemido de los pobres me levantaré, dice el Señor*²⁵¹; y en otro texto ya mencionado: *Señor, sacaste mi alma del in-*

*fierno, me salvaste de los que bajan a la fosa*²⁵²; y en otro: *Porque, vuelto a mí, me vivificaste y me sacaste del abismo de la tierra*²⁵³. De Él se dice clarísimamente en el salmo 87: *Soy como un hombre sin ayuda, libre entre los muertos*²⁵⁴; no se dice «hombre», sino «como un hombre». Como hombre que era descendió a los infiernos; pero estaba libre de entre los muertos, porque no podía ser retenido por la muerte²⁵⁵. De ahí que una palabra muestra la naturaleza de la fragilidad humana y la otra la de la majestad divina. El profeta Oseas preanuncia claramente el tercer día diciendo: *Nos sanará después de dos días; al tercer día resucitaremos y viviremos en su presencia*²⁵⁶. Esto se dice de los que, resucitando con Él al tercer día, fueron llamados de la muerte a la vida. Estos mismos son los que dicen: *Al tercer día resucitaremos y viviremos en su presencia*²⁵⁷. Por el contrario, Isaías dice abiertamente: *Quien sacó de la tierra al gran Pastor de las ovejas*²⁵⁸.

El mismo Isaías preanunció que las mujeres verían²⁵⁹ su resurrección sin que creyeran los escribas, los fariseos y el

pueblo: *Mujeres que venís del espectáculo, acudid, pues no es un pueblo que entienda*²⁶⁰. En cuanto a las mujeres que fueron al sepulcro, lo buscaron pero no lo encontraron, como se dice de María, que fue antes del amanecer y, no habiéndolo encontrado²⁶¹, dijo llorando al ángel que estaba allí: *Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto*²⁶². También esto fue predicho en el Cantar de los Cantares: *En mi lecho busqué al Amado de mi alma: de noche lo busqué, pero no lo encontré*²⁶³. Sobre algunas mujeres que le encontraron y abrazaron sus pies²⁶⁴ se dice en el Cantar de los Cantares: *Abrazaré y no soltaré al Amado de mi alma*²⁶⁵. Estos son algunos testimonios de entre los muchos que, por brevedad, no podemos aducir.

La ascensión y la sesión a la derecha del Padre

29. SUBIÓ A LOS CIELOS Y ESTÁ SENTADO A LA DERECHA DEL PADRE: DESDE ALLÍ HA DE VENIR A JUZGAR A LOS VIVOS Y A LOS MUERTOS. Esto contiene la continuación del discurso abreviado sobre la fe²⁶⁶ en donde está claro lo que se dice, pero es menester buscar en qué sentido debe entenderse. Si no entiendes según la dignidad de la divinidad el hecho de que ascendiera, se sentara y de que vendrá, parecerá que se indica en ello algo de la fragilidad humana²⁶⁷. Tras haber consumado lo que había realizado en la

tierra y haber llamado del infierno a las almas cautivas se dice que subió a los cielos, como había predicho el profeta: *Subiendo a la altura, llevó cautiva a la cautividad, dio dones a los hombres*²⁶⁸. Aquellos dones son los que Pedro refiere al Espíritu Santo: *Exaltado a la diestra de Dios, efundió este don, que vosotros veis y oís*²⁶⁹. Cristo entregó, pues, el don del Espíritu Santo a los hombres porque, mediante la resurrección de su muerte, llamó a los cielos a los cautivos que el diablo había llevado mediante el pecado a los infiernos²⁷⁰. Subió, por tanto, a los cielos. No adonde antes no estaba el Verbo Dios —el cual estaba siempre en el cielo y permanecía en el Padre—, sino adonde no se había sentado el Verbo hecho carne. Y puesto que este ingreso parecía nuevo a los guardianes y príncipes de las puertas del cielo, viendo a la naturaleza de la carne entrar en los secretos de los cielos, se dicen mutuamente²⁷¹, como afirma David lleno de Espíritu: *Portones, alzad los dinteles. Que se alcen las puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria. ¿Quién es este*

rey de la gloria? El Señor fuerte y potente. El Señor potente en la batalla²⁷². Estas palabras son pronunciadas no por la potencia de la divinidad, sino por la novedad de la carne que sube a la derecha de Dios. El mismo David dice también en otra parte: *Sube Dios entre aclamaciones, el Señor al son de trompetas*²⁷³. Es costumbre que el vencedor vuelva de la batalla al son de la trompeta. También se dice de Él: *El que edifica en los cielos su ascensión*²⁷⁴; y en otro lugar también: *quien sube sobre un querubín y voló: voló sobre las alas de los vientos*²⁷⁵.

30. Sentarse a la derecha del Padre es también un misterio de la carne asumida. Pues esto no se adapta convenientemente a aquella naturaleza incorpórea sin la ascensión de la carne. Tampoco fue la naturaleza divina, sino la humana, la que avanzó hasta la sede celeste²⁷⁶. Por lo que se dijo: *Desde entonces, Señor, está preparada tu sede. Desde siempre eres tú*²⁷⁷. Desde siempre, por tanto, estaba preparada la sede, para sentarse aquél, a cuyo nombre se dobla toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua le confesará, porque el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre²⁷⁸. Acerca de esto dice David: *Dijo el Señor a mi Señor: ¡Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies!*²⁷⁹. Explicando preci-

samente estas palabras en el evangelio decía el Señor a los fariseos: *Si, pues, David en Espíritu le llama Señor, ¿cómo es hijo suyo?*²⁸⁰. Así muestra que Él es Señor según el Espíritu, siendo, según la carne, hijo de David²⁸¹. Por ello el mismo Señor dice de nuevo: *Sin embargo, os digo que veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder*²⁸². Y el apóstol Pedro dice de Cristo que *está sentado en el cielo a la diestra de Dios*²⁸³. También Pablo, escribiendo a los efesios, dice: *Según la obra de su extraordinario poder, realizado en Cristo, resucitándolo de entre los muertos y sentándolo a su derecha*²⁸⁴.

La segunda venida y el juicio

31. Que VENDRÁ A JUZGAR A LOS VIVOS Y A LOS MUERTOS nos lo enseñan muchos testimonios de las Sagradas Escrituras. Antes de aducir esas profecías, sin embargo, juzgo necesario advertir que esta tradición de fe quiere que estemos atentos cada día a la venida del juez, de tal modo que obremos como quienes han de dar razón al inminente juez²⁸⁵. Esto es, en efecto, lo que decía el profeta del hombre feliz que *arregla sus asuntos para el juicio*²⁸⁶. Por lo que se refiere al juicio de vivos y muertos, no significa que vendrán a éste algunos vivos y muertos otros, sino que juzga-

rá al mismo tiempo a las almas y a los cuerpos²⁸⁷, designando vivos a las almas y muertos a los cuerpos, como el mismo Señor dice en el Evangelio: *No temáis a quienes pueden matar el cuerpo pero nada pueden hacer al alma; ¡Temed, más bien, a quien puede perder alma y cuerpo en la gehenna!*²⁸⁸.

32. Ahora, si parece, mostremos brevemente que también estas verdades fueron predichas por los profetas²⁸⁹. Si quisieras más testimonios tú mismo los reunirás a lo largo y ancho de las Escrituras. Dice Malaquías: *He aquí que viene el Señor omnipotente; ¿quién soportará el día de su venida o quién se mantendrá en pie en su presencia? Porque Él mismo entra como fuego de fundidor y como lejía de lavadero y se sentará para fundir y purgar como la plata y como el oro*²⁹⁰. Pero para que conozcas más claramente quién es este Señor del que se dicen estas cosas, escucha al profeta Daniel: *Contemplaba –dice– en visión nocturna: he aquí que viene en las nubes del cielo como un Hijo de hombre; llegó hasta el Anciano de días y fue presentado ante su presencia; se le dio el principado, el honor y el reino; le servirán todos los pueblos, tribus y lenguas; su poder será eterno y no pasará; su reino no será destruido*²⁹¹. Esto nos en-

seña no sólo sobre la venida y el juicio, sino también sobre su potestad y reino²⁹²; porque su poder es eterno y su reino no verá fin ni corrupción; como se dice en el Evangelio²⁹³: *Y su reino no tendrá fin*²⁹⁴. De ahí que es totalmente ajeno a la fe, por tanto, quien afirma que el reino de Cristo terminará algún día²⁹⁵.

Debemos saber, sin embargo, que esta venida salvífica de Cristo tratará de simularla fraudulentamente el enemigo, con el fin de engañar a los fieles, presentándose el hijo de la perdición con signos y prodigios engañosos en lugar del Hijo del hombre –que se espera que venga en la majestad de su Padre–, introduciendo en este mundo al Anticristo en vez de a Cristo²⁹⁶; acerca de esto el Señor en el Evangelio anunció a los judíos: *Vine en nombre de mi Padre y no me recibisteis; vendrá otro en su nombre y le recibiréis*²⁹⁷; y de nuevo: *Entonces veréis la abominación de la desolación en el lugar santo, como dice el profeta Daniel: ¡Quien lea, que entienda!*²⁹⁸. Daniel, en efecto, en sus visiones enseña con holgura sobre el surgimiento de este error²⁹⁹. Como sería muy difícil poner ahora ejemplo de ello porque se trata de relatos muy largos, remitimos a quien quiera saber más sobre ellos a dichas visiones. También sobre ello dice el apóstol: *Que nadie os engañe de ningún modo; primero tiene que venir la apostasía y manifestarse el hombre de pecado, el hijo de la perdición, el adversario que se eleva sobre todo lo que se llama Dios o es objeto de culto hasta sentarse en el templo de Dios y mostrándose como si fuera Dios*³⁰⁰. Y poco después: *Entonces se manifestará el impío a quien el Señor destruirá con el sople de su boca y aniquilará con la manifestación de su venida. La venida del impío será según las obras de Satanás, con todo tipo de signos y prodigios engañosos*³⁰¹. Lo mismo poco después: *Por eso Dios hará que caigan en el poder del error, para que crean en la mentira,*

*para que sean juzgados los que no creyeron en la verdad*³⁰². Aquel error, por tanto, nos ha sido preanunciado por las palabras proféticas, evangélicas y apostólicas, para que nadie crea la venida del Anticristo en lugar de la venida de Cristo, sino que –como dijo el mismo Señor– *cuando os digan: He aquí el Mesías o vedlo allí, no les creáis; pues vendrán muchos pseudomesías y pseudoprofetos, y seducirán a muchos*³⁰³. Pero veamos el signo que mostrará al verdadero Cristo: *Como el relámpago resplandece de Oriente a Occidente, así será la venida del hijo del hombre*³⁰⁴. Cuando venga, pues, el verdadero Señor Jesucristo, se sentará y juzgará, como se dice en los Evangelios: *Y separará las ovejas de los cabritos*³⁰⁵, es decir, a los justos de los injustos. Como afirma el apóstol que *todos tenemos que comparecer ante el tribunal de Cristo para recibir cada uno lo que le toque –bienes o males–, según lo que haya obrado cuando estaba en el cuerpo*³⁰⁶. Sin embargo, seremos juzgados no sólo por las acciones, sino también por los pensamientos³⁰⁷, según lo que dice también el apóstol: *Acusándose o defendiéndose mutuamente con pensamientos, en el día que juzgue Dios los secretos de los hombres*³⁰⁸. Pero de estas cosas ya es suficiente.

El Espíritu Santo

33. Después de esto en el orden de la fe viene: Y EN EL ESPÍRITU SANTO. Las verdades que arriba han sido

transmitidas un poco ampliamente sobre Cristo se refieren al misterio de su encarnación y pasión. Puesto que están relacionadas con su persona han sido incluidas en la parte intermedia del Símbolo, retrasando así algo la mención del Espíritu Santo³⁰⁹. Por lo demás, si se hubiese considerado sólo la divinidad del Hijo, como al principio se dice: CREO EN DIOS PADRE OMNIPOTENTE, añadiendo: Y EN JESUCRISTO, SU ÚNICO HIJO, NUESTRO SEÑOR, se debería decir seguidamente: Y EN EL ESPÍRITU SANTO. Todo lo dicho sobre Cristo se refiere, como hemos indicado, a la economía de la carne. Por tanto, con la mención del Espíritu Santo se completa el misterio de la Trinidad. Pues lo mismo que se dice que es uno el Padre y no existe otro Padre; y se dice uno el Hijo unigénito, sin que exista otro Unigénito; así, también es uno el Espíritu Santo y no puede haber otro Espíritu Santo³¹⁰. Por tanto, para distinguir las Personas se distinguen los vocablos de las relaciones [divinas], por lo que se entiende como Padre aquel de quien todo³¹¹ proviene sin que Él tenga Padre; se dice

Hijo, en cuanto nacido del Padre; y se dice Espíritu Santo, por proceder de la boca de Dios y santificarlo todo. Pero a fin de enseñar que una y la misma es la divinidad en la Trinidad, como se dijo que se creía en Dios Padre, añadiendo la preposición «en»³¹² también se dice EN CRISTO, SU HIJO, y también EN EL ESPÍRITU SANTO. Pero para que sea más claro lo que decimos lo comprobaremos con lo que sigue.

34. Continúa el Símbolo después: LA SANTA IGLESIA, EL PERDÓN DE LOS PECADOS, LA RESURRECCIÓN DE ESTA CARNE³¹³. No dice: «en la santa Iglesia» ni «en el perdón de los pecados» ni «en la resurrección de la carne».

Pues si se hubiese añadido la preposición «en», uno y el mismo habría sido el significado con los artículos precedentes. Por el contrario, en los artículos que tratan de la fe en la divinidad, se dice «en Dios Padre» y «en Jesucristo su Hijo» y «en el Espíritu Santo». En los referentes no a la divinidad, sino a las criaturas y a los misterios de la salvación, no se añade la preposición «en» para decir: En la santa Iglesia; sino que hay que creer la Iglesia no como si fuera Dios, sino como Iglesia congregada por Dios. Así se debe creer «el perdón de los pecados», no «en el perdón de los pecados»; y «la resurrección de la carne», no «en la resurrección de la carne». Así, mediante esta preposición monosilábica se distingue al Creador de las criaturas, y lo divino se separa de lo humano.

El Espíritu Santo es el que inspiró la ley y los profetas en el Antiguo Testamento y, en el Nuevo, los Evangelios y los apóstoles³¹⁴. Por lo cual dice el apóstol: *Toda la Escritura, divinamente inspirada, es útil para enseñar*³¹⁵. Por ello parece conveniente enumerar, como lo he recibido de los testimonios de nuestros padres³¹⁶, los libros del Antiguo y Nuevo Testamento que, según la tradición de nuestros ma-

yores, creemos inspirados por el Espíritu Santo³¹⁷ y que fueron transmitidos a las Iglesias de Cristo.

El Canon de la Escritura

35. Así pues, en el Antiguo Testamento³¹⁸ lo transmitido antes que nada son los cinco libros de Moisés: Génesis, Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio. Después el libro de Josué, hijo de Nun, y el libro de los Jueces junto con el de Rut. Después, estos cuatro libros: de los Reyes, que los hebreos cuentan como dos; Paralipómenos, llamado el libro de los Días³¹⁹, y los dos libros de Esdras, que los hebreos cuentan como uno solo; y Ester³²⁰. Los libros de los profe-

tas son: Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel; además un solo libro de los doce profetas menores. También Job y los Salmos de David son un libro cada uno. Salomón transmitió tres libros a las Iglesias: Los Proverbios, el Eclesiastés y el Cantar de los Cantares. Con ellos se termina el número de los libros del Antiguo Testamento. Del Nuevo³²¹ son los cuatro Evangelios: De Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Los Hechos de los Apóstoles, que escribió Lucas. Catorce cartas del apóstol Pablo³²²; dos cartas del apóstol Pedro; una de Santiago, hermano del Señor y apóstol³²³; una de Judas; tres de Juan; el Apocalipsis de Juan³²⁴. Estos son los que los Padres incluyeron en el Canon³²⁵ y sobre los que quisieron que se fundaran las verdades de nuestra fe.

36. Se debe saber, sin embargo, que hay otros libros no canónicos, sino llamados eclesiásticos³²⁶ por la mayoría,

como es el libro de la Sabiduría, que se dice que es de Salomón; y otra Sabiduría, que se dice que es del hijo de Sirach. Los latinos llaman a este libro con el vocablo genérico de Eclesiástico, que designa no al autor del libro, sino la cualidad del escrito. De la misma categoría es el libro de Tobías y Judit, y los libros de los Macabeos³²⁷. En el Nuevo Testamento el libro llamado del Pastor o de Hermas³²⁸ y el titulado De las dos vías³²⁹ o Juicio de Pedro³³⁰.

Todos estos libros quisieron que se leyeran en las iglesias, pero no que fueran adoptados como autoridad para confirmar la fe. El resto de los escritos fueron llamados apócri-

fos³³¹ y no quisieron que fueran leídos en la iglesia. Este es el Canon que nos transmitieron los Padres, como he dicho. Me ha parecido oportuno designarlos en este lugar para la instrucción de los que reciben los primeros principios de la fe, a fin de que conozcan las fuentes donde beber la palabra de Dios.

La santa Iglesia

37. La tradición de la fe dice después: LA SANTA IGLESIA³³². Ya hemos explicado más arriba el motivo por el que no se dice «en la santa Iglesia», sino «la santa Iglesia»³³³. Por tanto, los que han sido instruidos para creer en un solo Dios, bajo el misterio de la Trinidad, también deben creer esto: Que la santa Iglesia es una, en la que hay una fe y un bautismo, en la que se cree en un solo Dios Padre³³⁴ y en un solo Señor

Jesucristo, su Hijo, y en un solo Espíritu Santo. Ésta es, pues, la santa Iglesia, que no tiene mancha ni arruga³³⁵. Otros muchos, como Marción, Valentín³³⁶, Ebión, Manes y todos los demás herejes, reunieron Iglesias en torno a sí. Pero esas Iglesias no están exentas de mancha ni arruga de maldad; por eso decía el profeta de ellas: *Odié la Iglesia de los malhechores y no me siento con los impíos*³³⁷. Escucha, por el contrario, lo que el Espíritu Santo dice en el Cantar de los Cantares de esta Iglesia que conserva íntegra la fe de Cristo: *Una sola es mi paloma, una sola la perfecta de su madre*³³⁸. Por eso quien recibe esta fe en la Iglesia no caiga en las reuniones de vanidad³³⁹ ni vaya con los que traman iniquidades³⁴⁰.

Una reunión de vanidad es lo que hace Marción³⁴¹, el cual niega que el Padre de Cristo sea el Dios creador que

por medio de su Hijo hizo el mundo. Reunión de vanidad es lo que enseña Ebión³⁴²: Que hay que creer en Cristo de modo que se practique la circuncisión de la carne, la observancia del sábado, la solemnidad de los sacrificios y el resto de las observancias según la letra de la Ley. Reunión de vanidad es lo que enseña Manes³⁴³, que ante todo afirmó que él era el paráclito; luego dice que el mundo fue creado del mal; niega que Dios sea Creador; rechaza el Antiguo Testamento; afirma que hay una naturaleza buena y otra mala, ambas coeternas; sostiene, según la doctrina de los pitagóricos, que las almas de los hombres pasan, según ciclos diversos de generación, a las ovejas, a las bestias feroces y a otros animales; niega la resurrección de nuestra carne; afirma que la pasión y el nacimiento del Señor no fueron en la realidad de la carne, sino en apariencia.

Reunión de vanidad es también lo que sostuvieron Pablo de Samosata³⁴⁴ y Fotino³⁴⁵, su sucesor: Que Cristo no nació

del Padre antes de los tiempos, sino que comenzó a ser desde María; que no nació él Dios como hombre, sino que desde hombre se hizo Dios. Reunión de vanidad es lo que enseñan Arrio³⁴⁶ y Eunomio³⁴⁷: Que el Hijo de Dios no nació de la misma sustancia del Padre, sino que fue creado de la nada. Reunión de vanidad es también la que hacen los que afirman que, efectivamente, el Hijo deriva de la sustancia del Padre, pero separan y apartan al Espíritu Santo³⁴⁸, mientras que el Salvador en el Evangelio muestra que una sola y la misma es la potencia y la divinidad de la Trinidad, cuando dice: *Bautizad a todos los pueblos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*³⁴⁹. Es abiertamente impío que el hombre separe lo que está unido en virtud de la divinidad³⁵⁰. Reunión de vanidad es también lo que no hace mucho tiempo ha reunido una obstinación tenaz y perversa que afirma que ciertamente Cristo ha asumido la carne humana, pero no un alma racional³⁵¹; sin embargo, una sola

y la misma salvación trajo Cristo a la carne, al alma, a la sensibilidad y a la mente. Reunión de vanidad es también lo que Donato³⁵² reunió en África acusando falsamente a la Iglesia de haber entregado los libros sacros; y lo que Novaciano³⁵³ provocó negando la penitencia a los pecadores³⁵⁴ y condenando las segundas nupcias aun cuando quizás la necesidad exigiera contraerlas.

Por eso, huye de todas estas reuniones de malvados. También de aquellas, si las hay, que afirmen³⁵⁵ que el Hijo de Dios no ve y conoce al Padre del mismo modo en que es conocido y visto por el Padre; que el reino de Cristo deberá terminar; que la resurrección de la carne no reparará íntegramente la sustancia de su naturaleza; que no habrá un juicio justo de Dios para todos; que el diablo será absuelto de las penas de la merecida condena. Que los oídos de los fieles, repito, se aparten de todos ellos. Mantén firmemente, sin embargo, la santa Iglesia que cree³⁵⁶ en Dios Padre omnipotente, en su único Hijo nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu Santo en la unidad armoniosa e indivisible de la sustancia; [la santa Iglesia] que cree en el Hijo de Dios que nació de la Virgen, padeció por la salvación humana y resucitó de entre los muertos en la misma carne en que nació; [la santa Iglesia] que espera que Él mismo vendrá como juez de todos; en la que se predica también EL PERDÓN DE LOS PECADOS Y LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE.

El perdón de los pecados

38. En cuanto al perdón de los pecados³⁵⁷, debería bastar la sola fe³⁵⁸. ¿Quién pide causas o explicación donde lo importante es la indulgencia? Y, sin embargo, sin que se discuta la generosidad del rey terreno, la humana temeridad discute la liberalidad divina. Los paganos³⁵⁹ suelen decir con burla contra nosotros que nos engañamos a nosotros mismos manteniendo que se puedan perdonar con palabras los pecados realizados con la acción. Dicen: ¿Puede acaso no ser homicida quien ha cometido un homicidio o no aparecer como adúltero quien perpetró el adulterio? ¿Cómo uno que sea reo de tales pecados os parece que se hace santo y

puro de repente? A estas objeciones, como he dicho, respondo mejor con la fe que con la razón. El que prometió esto es rey de todos; es Señor de cielos y tierra el que esto ofreció. ¿No quieres que crea que el que de la tierra me creó hombre, de pecador me haga inocente? ¿El que me hizo ver siendo yo ciego? ¿Y siendo sordo me hizo oír? ¿El que me abrió camino siendo yo cojo? ¿No podrá devolverme la inocencia que perdí?

Sin embargo atendamos también al testimonio de la misma naturaleza. Matar a un hombre no siempre es un crimen; es criminal matarlo por malicia y no según la ley. Dado que a veces es justa la acción, si me encuentro en esa situación, no es la acción la que me condena, sino el alma que me ha aconsejado mal. Por tanto, si se corrige en mí el alma que produce el pecado y en la que estuvo el origen del vicio, ¿por qué te parece que no puede ser hecho inocente el que antes fue pecador? Por tanto, como hemos expuesto más arriba, consta que el pecado no está en el hecho, sino en la voluntad. Como la mala voluntad, por instigación malvada del demonio, me sometió al pecado y a la muerte, así, la misma voluntad, convertida al bien por obra de la bondad de Dios, me devuelve la inocencia y la vida³⁶⁰. Lo mismo vale también para los demás pecados. De este modo nuestra fe no encuentra adversarios en los razonamientos naturales, puesto que el perdón de los pecados se concede, no a las acciones, que no pueden ser cambiadas, sino al alma, que ciertamente puede ser llevada del bien al mal³⁶¹.

La resurrección de la carne

39. Las últimas palabras del Símbolo que afirman la RESURRECCIÓN DE LA CARNE³⁶² concluyen, con sucinta brevedad³⁶³, la suma de toda la perfección, a pesar de que la fe de la Iglesia a este respecto sea impugnada no sólo por los paganos, sino también por los herejes. Valentín niega de forma absoluta la resurrección de la carne. Y también Manes, como mostramos arriba. Pero éstos no quisieron escuchar al profeta Isaías, que dice: *Resucitarán los muertos y se levantarán los que están en los sepulcros*³⁶⁴; ni a Daniel, el más sabio de todos, que asegura: *Entonces resucitarán los que están en el polvo de la tierra. Éstos para la vida eterna, pero aquéllos para el oprobio y la confusión eterna*³⁶⁵. Por otra parte, en los Evangelios, que parece son aceptados por ellos³⁶⁶, deberían aprender de nuestro Señor y Salvador, que enseña a los saduceos diciendo: *Respecto a la resurrección de los muertos, ¿no leéis cómo dice a Moisés en la zarza: El Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob?*

*¡No es Dios de muertos, sino de vivos!*³⁶⁷. En un pasaje previo había recordado el Señor cuál y cuánta es la gloria de la resurrección, afirmando que *en la resurrección de los muertos ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, sino que serán como ángeles en el cielo*³⁶⁸.

La fuerza de la resurrección, por tanto, confiere al hombre un estado angélico, de modo que quienes resuciten de la tierra no vivan ya en la tierra con los animales, sino en el cielo con los ángeles. Sin embargo, esto vale para aquellos admitidos que vivieron una vida pura; a saber, los que ya desde ahora sometan con los frenos de la pureza a la carne, compañera de su alma en el servicio de Dios, en la obediencia del Espíritu Santo, purificándola de toda mancha y transformándola en la gloria espiritual por la fuerza de la santificación, merecerán también formar parte de la compañía de los ángeles.

40. Pero los incrédulos objetan³⁶⁹ y dicen: ¿Cómo puede recomponerse y reintegrarse en la unidad del cuerpo humano la carne disuelta en la putrefacción o convertida en polvo, incluso también absorbida en lo profundo del mar y

dispersa en las olas? A éstos, respondemos, ante todo, con las palabras del apóstol: *¡Necio! Lo que tú siembras no revivirá si antes no muere; y lo que tú siembras no es el cuerpo que va a brotar, sino un simple grano de trigo o de otra semilla cualquiera; pero Dios le da un cuerpo a su voluntad*³⁷⁰. Por tanto, lo que ves realizarse anualmente en las semillas que echas en la tierra, ¿no crees que pueda realizarse en tu carne, que, por ley de Dios, es sembrada en la tierra? ¿Por qué —te pregunto— estimas tan poco la potencia divina que no la juzgas capaz de recomponer y reparar en su forma original el polvo disperso de una carne cualquiera cuando ves que incluso el ingenio mortal busca las vetas de los metales en lo profundo de la tierra? El ojo del capataz ve el oro donde el inexperto cree ver tierra. ¿Ni siquiera concederemos que el Creador del hombre pueda hacer tanto como logra realizar el hombre por él creado? Si la capacidad del hombre mortal logra descubrir que hay una veta propia del oro, otra de la plata, y lo que en la superficie parece tierra, encierra dentro de sí una gama diferente de vetas de bronce, plomo y hierro, ¿no creemos que la potencia divina pueda hallar e individuar el compuesto propio de cada carne, aunque parezca disperso?

41. Pero intentemos ayudar con razonamientos naturales a las almas que flaquean en la fe³⁷¹. Si alguien mezcla semillas diversas y las siembra o esparce de forma indiscriminada en la tierra ¿acaso el principio formal³⁷² de cada semi-

lla no hará que, en cualquier lugar y a su tiempo germine según su naturaleza y reproduzca el tallo correspondiente a su forma y cuerpo? Pues de igual modo la sustancia de cualquier carne, aunque haya sido esparcida variada y diversamente; sin embargo, cuando por voluntad de Dios llegue la primavera para los cuerpos sembrados en la tierra, el mismo principio formal³⁷³ propio de cada carne, que es inmortal –es carne del alma inmortal–, recogerá de la tierra y reunirá los componentes de su sustancia, restituyéndolos a la forma que la muerte había disuelto. Y así sucede que a cada alma se le restituye, no un cuerpo confuso o extraño, sino el que había tenido³⁷⁴, a fin de que, según las pruebas de la vida presente, pueda la carne con su alma ser premiada si obró bien y castigada si hizo mal. De ahí la cauta y providencial adición de nuestra Iglesia al Símbolo, en vez de lo transmitido por las demás Iglesias: LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE; dice DE ESTA³⁷⁵ CARNE. Sin duda se trata de la carne

que, al hacer la profesión de la fe, toca con la mano el que hace la señal de la cruz en la frente³⁷⁶. Así cada fiel sabe que, si la conservó pura de pecado, su carne será vaso para uso noble útil al Señor, apto para toda obra buena³⁷⁷; si, por el contrario, estuviera contaminada por los pecados, será vaso de ira para la muerte³⁷⁸.

Si alguien desea saber más sobre la gloria de la resurrección y sobre la magnitud de las promesas, lo encontra-

rá enunciado en casi todos los libros sagrados. De todos esos testimonios aduciremos ahora sólo unos pocos que sirven de recuerdo, y así terminaremos la obra que pediste. El apóstol Pablo afirma con estos argumentos que los muertos resucitarán: *Si no hay resurrección de los muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si no resucitó Cristo, nuestra predicación es vacía, y también es vacía nuestra fe*³⁷⁹. Y poco después: *Cristo resucitó de entre los muertos, como primicias de los que durmieron. Porque por un hombre vino la muerte y también por un hombre viene la resurrección de los muertos. Pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo. Pero cada uno en su lugar: Cristo como primicias; luego los que son de Cristo en el momento de su venida. Luego el fin*³⁸⁰. En lo siguiente añade también esto: *Os revelo un misterio: ciertamente todos resucitaremos, pero no todos seremos transformados* (o como encontramos en otros códices: *No todos dormiremos, pero todos seremos transformados: En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, al toque de la trompeta final, los muertos resucitarán incorruptibles y nosotros seremos transformados*³⁸¹. Escribiendo a los tesalonicenses dice: *No quiero*³⁸² *que estéis en la ignorancia, hermanos, respecto de los muertos, para que no os entristezcáis como los demás que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y que resucitó, de la misma manera Dios llevará consigo, por medio de Jesús, a quienes murieron. Os decimos esto como Palabra del Señor: Nosotros, los que vivamos, los que quedemos hasta la venida del Señor, no nos adelantaremos a los que murieron, porque el Señor mismo, a la orden dada por la voz de*

*un arcángel y por la trompeta de Dios, bajará del cielo, y los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar. Después, nosotros, los que vivamos, los que quedemos, seremos arrebatados en nubes, junto con ellos, al encuentro de Cristo en los aires. Y así estaremos siempre con el Señor*³⁸³.

42. Y para que no creas que esto es sólo propio de la nueva predicación de Pablo, escucha también lo que hace tiempo preanunció el profeta Ezequiel, inspirado por el Espíritu Santo: *He aquí –dice–, que yo abriré vuestros sepulcros; os haré salir de vuestros sepulcros*³⁸⁴. Escucha con qué claridad predice la resurrección de los muertos también Job con un rico lenguaje místico: *Una esperanza guarda el árbol: si es cortado, aún puede retoñar, y no dejará de echar renuevos; si envejece, su raíz está en la tierra; si su tronco muere en la roca, al sentir el agua reflorece y echa ramaje como una planta joven. Si el hombre muere se va, si un humano expira ¿ya no existirá?*³⁸⁵. ¿No te parece que con estas palabras arguye a los hombres encubiertamente y dice: Tan estúpido es el género humano que, viendo brotar de nuevo de la tierra el tronco del árbol cortado y recibir nuevamente vida un leño muerto, no piensa que le sucederá a él algo parecido al leño y al árbol? Para que sepas que se debe leer en forma interrogativa lo que dijo, *el hombre que yace ¿no se levantará?*³⁸⁶, lo prueba en la frase siguiente. Añade enseguida: *Si el hombre muere, vivirá*³⁸⁷; y poco después dice:

*Esperaré hasta que exista de nuevo*³⁸⁸. Y añade: *Él resucitará mi piel sobre la tierra, esta que ahora se seca*³⁸⁹.

43. Estos textos corroboran nuestra profesión de fe con la que confesamos en el Símbolo la RESURRECCIÓN DE ESTA CARNE. La adición de «esta» concuerda con todos los testimonios previos que hemos recordado de las Sagradas Escrituras. ¿Qué otra cosa indican las palabras de Job que expusimos más arriba cuando dice que *resucitará mi piel, la que ahora está seca*³⁹⁰, es decir, la que sufre estos tormentos? ¿No habla claramente de la futura resurrección de esta carne, «de esta» –digo–, que ahora sufre los padecimientos de las tribulaciones y las tentaciones? Cuando el apóstol afirma que *es preciso que esto (este cuerpo) corruptible se revista de incorrupción y esto (este cuerpo) mortal se revista de inmortalidad*³⁹¹, ¿no se refiere su palabra al cuerpo que casi está tocando con el dedo? Por tanto, este cuerpo que ahora es corruptible será incorruptible por la gracia de

la resurrección; y esto que ahora es mortal se revestirá de la fuerza de la inmortalidad para que, como *Cristo resucitando de entre los muertos ya no muere ni la muerte le dominará*³⁹², así los que resuciten en Cristo ya no sientan la corrupción ni la muerte, no porque sea abolida la naturaleza de la carne, sino porque será transformada su condición y cualidad. Por tanto, será incorruptible e inmortal el cuerpo de los que resuciten de entre los muertos, no sólo el de los justos, sino también el de los pecadores: El de los justos, para que puedan permanecer siempre con Cristo; el de los pecadores, para que paguen las penas debidas sin ser jamás destruidos.

44. Que los justos permanecerán siempre con el Señor ya lo hemos explicado cuando mostramos que el apóstol dice: *Después nosotros, los que vivamos, los que quedemos en vida, seremos arrebatados en las nubes junto con ellos al encuentro del Señor en los aires, y así estaremos siempre con el Señor*³⁹³. No te asombre que la carne de los santos sea transformada por la resurrección en tanta gloria, que pueda ser llevada a la presencia del Señor suspendida en las nubes y transportada en el aire, pues el apóstol, exponiendo lo que Dios dará a los que le aman, dice: *Él transformará el cuerpo de nuestra humillación conforme al cuerpo del Hijo de su gloria*³⁹⁴. Por tanto, nada hay de absurdo al afirmar que serán elevados en las nubes los cuerpos de los santos, de quienes se afirma que serán transformados conforme al cuerpo de Cristo, que está sentado a la derecha de Dios³⁹⁵. Es lo que afirma el santo apóstol de sí mismo o de otros semejantes a él por carisma o mé-

rito: *Nos resucitó con Cristo y con él nos hizo sentar en los cielos*³⁹⁶.

De ahí que, si la resurrección de los muertos incluye las promesas de estas y otras muchísimas prerrogativas, no será difícil creer también lo que habían predicho los profetas: *Que los justos brillarán como el sol y como el fulgor en el Reino de Dios*³⁹⁷. Pues ¿qué dificultad hay en que tengan el fulgor del sol y estén adornados con el esplendor de las estrellas y de este firmamento aquéllos a quienes se prepara en el cielo la vida y compañía de los ángeles de Dios, o de los que se dice que serán conformados a la gloria del cuerpo de Cristo?³⁹⁸ Contemplando esta gloria prometida por el Salvador³⁹⁹, el santo apóstol dijo que *se siembra un cuerpo animal y resucitará un cuerpo espiritual*⁴⁰⁰. Si es en efecto verdad —como ciertamente lo es— que la bondad divina⁴⁰¹ asociará con los ángeles a los justos y a los santos, también es cierto que transformará sus cuerpos en la gloria de un cuerpo espiritual.

45. No te parezca que esta promesa está en contradicción con la naturaleza del cuerpo⁴⁰². Pues si creemos, según lo que está escrito, que Dios, tomando barro de la tierra, formó al hombre⁴⁰³ y que la naturaleza de nuestro cuerpo es que por voluntad de Dios la tierra se transforme en carne, ¿por qué te parece absurdo o contradictorio que, por los mismos principios por los que decimos que la tierra pro-

gresó hasta formar un cuerpo animal, se crea que el cuerpo animal progresa hasta llegar a ser un cuerpo espiritual?

Estos y otros muchos testimonios sobre la resurrección de los justos encontrarás en las Sagradas Escrituras. Como hemos dicho más arriba, también a los pecadores se les dará por la resurrección el estado de incorrupción e inmortalidad, para que, como éste sirve a los justos para la perennidad de la gloria, sirva a los pecadores para la prolongación de la confusión y de la pena⁴⁰⁴. Así lo asegura la palabra profética que hemos recordado hace poco cuando dice: *Y muchos surgirán del polvo de la tierra: éstos para la vida eterna y los otros para la confusión y el oprobio eterno*⁴⁰⁵.

Resumen y oración conclusiva

46. Por tanto, ahora deberíamos entender con qué veneración se dice que Dios omnipotente es Padre; por qué misterio nuestro Señor Jesucristo se considera como su único Hijo; y con qué perfección se llama Santo a su Espíritu; y cómo la Santa Trinidad es una en cuanto a la sustancia, pero distinta por relación y Personas; hemos comprendido el significado del parto de la Virgen, del nacimiento del Verbo en la carne, del misterio de la cruz; la utilidad del descenso de Dios a los infiernos, la gloria de la resurrección y la llamada de las almas de la cautividad del infierno; la ascensión al cielo y la espera de la venida del juez. También hemos comprendido el conocimiento que se debe tener de la santa Iglesia contra las reuniones de vanidad, cuál

es el número de los libros de la Sagrada Escritura y cuáles las sectas heréticas que se deben evitar; cómo en la remisión de los pecados la razón natural no se contrapone en absoluto con la generosidad divina y cómo la resurrección de nuestra carne se confirma no sólo con las palabras de la Escritura, sino también con el ejemplo mismo de nuestro Señor y Salvador y por la coherencia lógica de la razón natural. Si profesamos estas verdades de manera orgánica según la norma de la tradición presentada arriba, pidamos que Dios nos conceda a nosotros y a nuestros oyentes que, custodiada la fe que hemos recibido y concluida la carrera, podamos esperar la corona de justicia que nos está reservada¹⁰⁶ y seamos contados entre los que resucitarán para la vida eterna, libres de la confusión y el oprobio eterno.